

*El ser humano y la naturaleza:
historia de un divorcio*

Elisa Oteros Rozas

Mayo 2006

Hubo un tiempo en que el ser humano sabía que era una pieza más de un puzzle llamado Tierra. Un puzzle de dimensiones y piezas infinitas (más parecido a un cubo de Rubik, que a un puzzle bidimensional), en que no sólo ninguna de estas piezas existe sin las demás, sino que las energías que las ligan van más allá de lo que ningún hombre es capaz siquiera de imaginar. Una naturaleza tan misteriosa como compleja. El ser humano sabía que vivía en esa “matriz”, por ella y para ella, como fuente y sumidero de estas energías. La humanidad, transformando y transformándose, participando de un equilibrio dinámico, testigo durante generaciones de lo evidente e intangible en la naturaleza, albergaba en sus tradiciones esa sabiduría de lo que ES. Como parte íntegra del mismo ciclo de la vida del que dependía íntimamente, incorporaba a su cultura el respeto y cuidado de la naturaleza y su realidad, intrínsecos a su propia existencia. Sin fórmulas, sin conocimientos científicamente probados, incluso sin escritura, el saber de lo que es la Tierra era mucho más próximo a la verdad de lo que ahora interpretamos.

Hasta que en un momento dado (no sabemos bien cuando, cómo ni por qué exactamente), algo pasó y esa piececita se miró alrededor y creyó ser poseedora y controladora (o poder serlo) de todo cuanto veía y no veía. Podía construir, luego podía separar aquello que era “suyo” de aquello que era de “otro”, y de este modo, se pudo categorizar todo en dos grandes grupos: lo que me pertenece y lo que no. Algo parecido a lo que le explica el hombre de negocios al principito de Saint-Exupéry: “Cuando encuentras un diamante que no es de nadie, es tuyo. Cuando encuentras una isla que no es de nadie, es tuya. Cuando eres el primero en tener una idea, la haces patentar: es tuya. Yo poseo las estrellas porque jamás, nadie antes que yo, soñó con poseerlas”. Por otro lado el ser humano empezó a sentirse cada vez más capaz de comprender y así prever los procesos naturales. Para mí éste es el punto de inflexión más claro en la historia de la Ecología Humana. En el momento en que el ser humano deja de ser consciente de su posición en el sistema del que forma parte y empieza a actuar en consecuencia con esta nueva visión (nueva para él, y nueva en la historia de la vida en nuestro planeta), el equilibrio empieza a tambalearse.

Sin embargo, durante miles de años, la capacidad de intervención de nuestra especie se ha mantenido dentro de unos márgenes compatibles con la vida, con la nuestra y con la de este gran ecosistema del que formamos parte, la Tierra. Este puzzle, que no es otra cosa que la naturaleza (la Pacha Mama, la madre de todo y todos), es tan resistente como complejo, pero no es indestructible o insensible. Cada una de sus piezas, a pesar de ocupar un lugar que no es, ni ha sido siempre, el mismo, es

importante respecto al todo. En el momento en que una de las piezas empieza a dar “saltitos” y a querer separarse de las demás, a colocarse y a colocar a las demás a su antojo, a querer interferir en los flujos que las unen... el funcionamiento del conjunto se ve comprometido. “El hombre no tejió la tela de la vida, es sólo un hilo de esa trama, lo que le haga a esa tela se lo hace a sí mismo” (jefe indio Seattle).

Queda aún cercana una reminiscencia de aquel tiempo en que el ser humano todavía no había desarrollado esta soberbia. La creencia en el folklore popular de casi todos los pueblos que cohabitan nuestro planeta, de que las divinidades crearon al hombre a partir del barro, de la tierra, idea que ha quedado plasmada en el propio lenguaje: *Hombre = Humus = Tierra* (en latín) del mismo modo que *Adam = Adamah = Barro* (en hebreo). El ser humano, no sólo es una pieza más, sino que su materia prima es la misma que la del resto de piezas. Meros moldes de barro dotados de vida. A su vez, derivado de la palabra *humus* es el adjetivo *humilis*, del que deriva el cultismo castellano *humildad*. Dícese de aquella actitud que el ser humano perdió al creerse en posesión de la comprensión y por tanto del control de la naturaleza. Paradójico. Del mismo modo que *earth* (tierra en inglés) proviene de *erac*, verbo griego que significa enamoramiento y *terra/tierra* de *ters*, de raíz indoeuropea, que quiere decir seca/secar, sedienta, deseosa.

El ser humano moderno, desarraigado de su propia esencia, se presupone ahora dueño y señor de la Vida y la Tierra ¿Cree que puede exprimir sus frutos sin comedimiento enajenándose de la “realidad” vital? ¿Cree que puede alterar la matriz, el círculo de reciprocidad, sin poner en peligro su propia supervivencia? Una parte de la Humanidad tristemente así lo cree, pero, como veremos, no todo está perdido. En su esencia, la Humanidad aún mantiene su heterogeneidad y es de ahí de donde puede surgir la salvación. De aquellos pueblos que aún no han perdido sus raíces, ni dejado de sentir su conexión con la naturaleza.

Es fundamental tener presente que en el mundo cohabitan numerosísimos grupos humanos: nuestra especie es quizás la más compleja y heterogénea de cuantas existen. Gracias a esto sabemos que las formas de vivir, y por tanto de interaccionar con el medio son innumerables. Es precisamente esta heterogeneidad la que nos brinda la luz suficiente para ver que el mundo no es sólo Europa o Norteamérica, y que la especie humana no siempre se ha considerado a sí misma poseedora de los recursos naturales, y aún hoy no es ésta una creencia omnipresente.

Lo que hasta aquí se ha presentado es, en opinión de esta modesta aprendiz de científica, una evidencia cuya comprensión y aceptación es imprescindible para plantearse cualquier otro tipo de cuestión. La ciencia que me ocupa (y sobre todo me preocupa) es la *Biología*, es decir la ciencia de *la vida*. Más en concreto, lo que aquí se pretende es reflexionar sobre *Ecología Humana*. Por ello, y a modo de justificación, me gustaría “definir” en primer lugar lo que (por lo menos para mi) cabría en una carpeta con este nombre. Ecología es la ciencia que estudia las interacciones entre los seres vivos y su entorno. La ecología humana estudia por tanto las interacciones del ser humano con su entorno. Y ¿hay un solo elemento en este planeta, en que el ser humano no esté interfiriendo (que no constituya parte de “su entorno”), aunque sea indirectamente? No. Nuestra especie se diferencia de los demás habitantes de la Tierra en que dispone de un “telencéfalo altamente desarrollado” (“*La Isla de las Flores*”), y esto le ha dotado de un intelecto y un nivel de autoconciencia únicos entre los seres vivos hasta ahora conocidos. Gracias a esta característica, tiene la capacidad de observar y adquirir información, procesarla y poner en marcha mecanismos de modificación de su entorno. Estos tres pasos han alcanzado niveles de complejidad abrumadores y la velocidad a la que esa complejidad aumenta es apenas concebible. Asumiendo esto, admitimos la imposición de la presencia de la actividad humana en prácticamente la totalidad del planeta. Esta presencia, sus causas, consecuencias e implicaciones, deberían ser el objeto de estudio de la *Ecología Humana*.

Dicho esto, espero que el lector se solidarice con quien esto escribe, y comprenda la dificultad de cernirse a un solo aspecto de esta gran maraña. Podría reflexionar aquí sobre las consecuencias que ha tenido y tiene en el ambiente esta soberbia del ser humano, podría centrarme en los usos y costumbres de alguna interesante tribu centroafricana, o podría escribir sobre el modelo económico predominante en el siglo XXI en relación con otros modelos... Podría poner toda mi atención en casi cualquier tema, y estaría escribiendo sobre *Ecología Humana*. Y, sin embargo, tengo la sensación de que al centrarme en un solo aspecto, estaría olvidando tantas cosas (no quiero con esto fingir que no lo hago o pretender abarcarlo todo...), que estaría faltando a mi idea de la esencia de la *Ecología Humana*. Ésta pretende ser una justificación por tanto, de los desvaríos que a estas líneas siguen: intentando mantener cierta coherencia en los razonamientos que propongo al lector, me permitiré la licencia de tratar todos aquellos aspectos que crea relacionados con cada argumentación.

Empecemos echando la vista atrás en el tiempo, para intentar entender como ha sido posible llegar hasta donde estamos. Quizás recorriendo los pasos de la humanidad, aprendamos a conocernos un poco mejor, y si así es, seguro que esto nos ayudará a pensar en soluciones para la situación actual, de la que más tarde hablaremos.

Parece ser que los primeros seres humanos fueron capaces de sobrevivir (y algo más que eso, porque si no, no estaríamos hoy aquí nosotros...) sin aparentes “ventajas” físicas respecto del resto de habitantes de la Tierra. Esto me lleva a dos reflexiones: que cumplían, como todo elemento del ecosistema, su función, y que tuvo que haber algo que les permitiera ocupar su nicho. Este algo es la inteligencia. No fuimos la especie más grande, ni más fuerte, ni más rápida, sino lo suficientemente habilidosa para sobrevivir y extendernos sin ninguna de éstas características. Fuimos capaces de construir instrumentos, de diseñar estrategias, de comunicarnos más eficazmente entre nosotros. Fuimos capaces de observar, razonar, interpretar, plantearnos preguntas, buscar respuestas y comunicarnos para transmitir las y aprender. Todo ello gracias al famoso “telencéfalo altamente desarrollado”. Mientras el resto de los organismos se adaptan lentamente a los distintos habitats, el ser humano ha sido capaz de adaptarse más rápidamente gracias a esta inteligencia: donde hace frío nos abrigamos, hacemos fuego... Las “adaptaciones culturales”, que podemos enseñarnos unos a otros, y a las que, potencialmente, todos podemos acceder, nos han permitido como especie, vivir en habitats para los que no estamos biológicamente preparados.

Sin embargo, podemos hacer un ejercicio de imaginación e intentar ponernos en el lugar de aquellos primeros seres humanos: puedo ser capaz de observar (muchas otras especies lo son), puedo ser capaz de razonar e interpretar (también existen otras especies capaces de relacionar estímulos en cierta medida), y puedo comunicarme. Para esto último necesito de otros individuos que también dispongan de esta capacidad (la esencia de la comunicación es bidireccional), del mismo modo que será necesario que el uso de todas estas capacidades me sea energéticamente útil.

El lector notará que hasta ahora no he mencionado ninguna característica que no esté presente en otras especies animales, y éste es sin duda un punto fundamental. Por mucho que pienso y analizo los trazos con los que siempre se me ha dibujado la imagen del ser humano, no acierto a encontrar ninguno, en concreto, que explique definitivamente, por sí mismo, por qué somos tan distintos. La gran diferencia está en el nivel de desarrollo de todos ellos, me contestaría cualquiera. Y yo, le daría la razón, sin dejar de añadir sin embargo, dos notas más. En primer lugar que no es una nimiedad el

hecho de que ninguna de las características que encontramos en el ser humano es, en sí misma, única en la naturaleza! Esto nos retorna a aquella humildad de la que hablábamos al principio: somos un elemento más, hecho del mismo *humus* que el resto de elementos y por tanto, con las mismas potencialidades (“*polvo somos y en polvo nos convertiremos*”). Y en segundo lugar, que siempre parece haber un detalle que se nos olvida mencionar: a cualquier nivel taxonómico, evolutivo, estructural... el único denominador común de los elementos de la vida (desde los átomos a los humanos, pasando por las radiaciones...) es la *cooperación*. La definición misma de vida, cualquiera que ésta sea, lleva implícito el principio de la cooperación, porque nada, ningún ser vivo sería tal si no fuera porque “de puertas para dentro” todo coopera y “de puertas para fuera” él coopera con todo su entorno. De este principio tampoco escapa el ser humano. De hecho, en mi opinión, igual que se desarrollaron en él tremendamente el resto de capacidades, lo hizo ésta. Y del mismo modo que su elevada complejidad intelectual se fue retroalimentando, lo fue haciendo la cooperación. No fueron éstos caminos separados, sino hebras de un mismo hilo, trenzadas juntas.

La Tierra, morada de vida, y por tanto del ser humano, es el lugar donde todo se aprovecha en un ciclo magnífico de reciprocidad, simbiosis y cooperación. No podría estar el ser humano excluido de esta tiranía. No puede olvidar esto y dejar de transmitirlo a las generaciones venideras.

Si el lector recuerda los tres pasos fundamentales que se mencionaron inicialmente: observación y adquisición de información (*input*), procesamiento de la información y puesta en marcha de reacciones (*output*), éstos pueden asimilarse a las capacidades de las que hemos hablado hasta ahora. La cooperación estaría presente a lo largo de todo el proceso, pero su manifestación definitiva tendría lugar en el *output*.

Bajos estas premisas, buceemos pues un poco más en esta “inteligencia” humana, que nos hace aparentemente tan diferentes, pero sin desligarla del conocimiento y la sabiduría. (¿Alguien sabe poner las fronteras?). Como científicos deberíamos ser conscientes de que nuestra visión del mundo no es una verdad irrefutable, sino una visión particular, que cambia en el tiempo y el espacio. En este sentido cada visión es un mito y parte de cada mito es creer que nuestra visión es imparcial, objetiva y nada antropocéntrica. A lo largo de su historia la humanidad ha ido destruyendo “creencias” anteriores y moldeando nuevas, luchando contra su necesidad de certezas. Pero parece que hoy lo hemos olvidado y para la ciencia moderna sólo es verdaderamente real lo que es cuantificable o reducible a números y fórmulas. En parte

se olvida que éstos son un instrumento fundamental, pero no podrán nunca representar fidedignamente lo que es la realidad. Si así fuera se deslegitimaría nuestra experiencia, la experiencia de la vida. “Para la gente de una cultura precientífica, gente dotada de agudos poderes de observación y de una extraordinaria sensibilidad, no había manera de imaginar la vida que hay a los pies de uno, a no ser por medio de la imaginación poética que hacía que las criaturas diminutas fuesen medio humanas. En cierto modo, esta imaginación poética de los antiguos, y de algunos pueblos presentes aún hoy sobre la Tierra, es más sensible al acoplamiento del ser humano en la biosfera, porque al ver a los “enanitos” como medio humanos, la antigua “fe en la hadas” de los irlandeses reconoció que no existe ningún “nosotros” ni “ellos”, sino que nosotros estamos en ellos y ellos están en nosotros” (William Irwin Thompson, Prólogo a *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, G. Bateson, J. Lovelock, L. Margulis, H. Atlan, H. Maturana, S. Varela, W. I. Thompson, H. Henderson, J. Todd). La ciencia premoderna, en la antigua Grecia, en India o en China, era y es aún hoy, menos racional, pero encaja mejor con la experiencia directa y está más ligada a la búsqueda de la comprensión y la sabiduría desde el interior del sistema. El conocimiento puramente racional se ha divorciado, en la ciencia moderna, de ese nexo metafísico del ser humano con su ecosistema. Hoy vivimos entre avalanchas de información, pero ni siquiera sabemos qué hacer con ella. Quizás sería mejor dar algún paso “atrás” e intentar recuperar cercanía, sensibilidad aún a costa de la pérdida de tanto dato empírico. La Naturaleza nos habla con un lenguaje que hemos olvidado, un lenguaje de energías y símbolos. Cada elemento, cada criatura y suceso es un algo visible que esconde otro algo invisible que lo completa y que le da sentido. “Si uno habla, en el arte del Feng-shui, de los dragones del cielo, o de la corriente del dragón de la tierra, eso es mucho más científico que el químico moderno del negocio de la agricultura que destruye el suelo y estropea los acuíferos. Una imagen no es una ilusión; es un jeroglífico, un cuento condensado, y los cuentos son literalmente formas de almacenamiento cultural.” (William Irwin Thompson, Prólogo a *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, G. Bateson, J. Lovelock, L. Margulis, H. Atlan, H. Maturana, S. Varela, W. I. Thompson, H. Henderson, J. Todd).

Todo esto, aderezado con la mercantilización omnipresente. Muchas personas, cada vez más, están empezando a ser conscientes de la crisis que nos acecha como especie y desde todas las disciplinas se alzan voces de advertencia. La economía del “primer mundo”, en parte, no ha hecho oídos sordos a las voces que proclaman el agotamiento de los recursos naturales en que se basa, pero ha equivocado

completamente la estrategia a emplear. En su calidad de poseedor de estos recursos, el ser humano, ha creído que, si son finitos, y por tanto tan valiosos... ¡la solución es comerciar con ellos! Pero ¿cómo hemos podido olvidar que ellos son parte de nosotros y nosotros de ellos? ¡Lo que le hagamos a la Tierra, no los hacemos a nosotros y a nuestra forma de vida! La tecnología y por tanto la ciencia son también responsables de esta tergiversación. Esa tecnología y esa ciencia que moldean nuestro “uso y disfrute” de la tierra, que diseñan los instrumentos más impensables de manipulación e interpretación en nombre de La Realidad, y proclaman a los cuatro vientos el progreso de la humanidad. “Precisamente porque somos más de lo que sabemos, la ciencia nunca puede abarcar la totalidad del Ser.” (W. I. Thompson)

Un ejemplo, a mi juicio claro, de las consecuencias que tiene para nuestra sociedad la ciencia moderna se encuentra en la medicina. Ciencia, disciplina, arte... según la civilización que se estudie, es curioso ver las diferencias, pero sobre todo es interesante descubrir que los métodos de curación, menos en la medicina moderna, dependen siempre directamente de los medios e instrumentos que la naturaleza ofrece al ser humano. En el llamado primer mundo, el “nuevo hombre”, al desarrollar la “nueva visión” y mediante sus tecnologías, se ha aislado cada vez más de la comprensión del origen de las patologías y, como consecuencia, del tratamiento de éstas. Cegado por sus datos, su racionalidad y su soberbia, ha perdido también en este sentido su relación con la naturaleza, y las consecuencias son devastadoras.

Los científicos se vanaglorian del aumento espectacular de la esperanza de vida gracias a los avances de la medicina. Nadie lo niega, pero son cada vez más los que advierten que habrá que esperar tan sólo unos años para ver el descenso de este, en cualquier caso dudoso, índice de eficacia. Las generaciones que están protagonizando esas largas vidas, han vivido unas circunstancias que no volverán probablemente a darse nunca más: índices de contaminación muy inferiores a los actuales, alimentación mayoritariamente sana y, aunque no lo parezca, en muchos casos más equilibrada de la actual, con productos no modificados ni envenenados, manteniendo un ejercicio físico constante, y a la vez, cuando lo han necesitado se han beneficiado de ciertos avances de la medicina. Han sido la generación puente entre una forma de vida más cercana a la naturaleza, incluso en la muerte, y las nuevas generaciones que ni saben lo que es naturaleza y están continuamente monitorizados por la ciencia y sus avances, alejándose cada vez más de la fuente de la vida.

El ser humano, hasta hace relativamente poco, había extraído lo que necesitaba directamente de lo que la tierra le ofrecía, pero con la industrialización de la farmacéutica se han extrapolado las potencialidades de estos elementos, se han aislado de su contexto ecológico sin conocimientos suficientes y se ha manipulado el mensaje de la naturaleza. Los principios activos, al no ser más que “principios”, descontextualizados de los organismos de donde provenían no funcionan del mismo modo. La consecuencia es que, mientras la medicina tradicional natural mantenía el equilibrio ecológico entre organismos, la medicina moderna trata al individuo como un organismo aislado y mediante sustancias cuyos efectos no sólo nunca son completamente beneficiosos, sino que en muchos casos conllevan la aparición de nuevos problemas, a su vez tratados del mismo modo... aislando al organismo cada vez más de su contexto ecológico natural y envolviéndolo en un bucle absurdo en que sólo puede aumentar el desequilibrio.

Es ésta, una vez más, una visión superficial de un problema mucho más vasto. Por supuesto valoro la mejora que han supuesto determinados avances médicos y farmacológicos en la calidad de vida, o incluso la oportunidad de vivir que les ha sido brindada a muchas personas, pero creo que, como en otras cosas, se ha perdido en gran medida la perspectiva de nuestras capacidades actuales y esto está llevando a una situación muy delicada. La proliferación de enfermedades hasta ahora desconocidas, muy minoritarias, o aparentemente erradicadas en el pasado, es en mi opinión un claro ejemplo de la debilidad de esta nueva medicina de lo sintético, los trasplantes (por no hablar de xenotrasplantes...), los antibióticos...

La tendencia general a analizar las partes y a perder de vista el todo, tan sólo fragmenta el conocimiento de modo que, por ejemplo, microbiología y medicina parecen mantener un pulso continuo en un aparente intento por coordinar dos elementos tan relacionados como las funciones de los microorganismo en el cuerpo humano, lo que resulta en el ataque masivo a los primeros mediante antibióticos en general poco específicos y muy agresivos. Se destruye así, uno de los equilibrios más hermosos e importantes para la vida: la ecología microbiana en el organismo. Viviendo en una gran ciudad hoy en día es casi imposible no ser alérgico, no tener o haber tenido problemas de estómago (agravados por la mayoría de medicamentos), respiratorios, cutáneos y nos sufrir los efectos secundarios (“daños colaterales”...) de los medicamentos con que estos problemas son tratados por la medicina “ortodoxa”. Una ciencia ideada por y para un ser humano, que se ve a sí mismo como una máquina, como un ensamblaje de

mecanismos activables/desactivables, o en cualquier caso manejables y controlables al margen de su ecosistema. Esta visión está evidentemente potenciada por el que es ya uno de los negocios más prósperos del mundo, la industria farmacéutica, cuya avidez económica no parece tener límites. Una vez más, la mercantilización de un bien, aporta su granito de arena a nuestra autodestrucción.

Precisamente en estos días asistimos a demostraciones de la inquietud de los estudiantes de Europa, frente a la imposición de la mercantilización de la enseñanza, la educación, el saber en definitiva...El pacto de Bolonia es la caída en los abismos de los últimos restos (ya quedaba poco...) de lo que hasta ahora se entendía por transmisión de conocimiento, sabiduría, inteligencia. La educación deja de ser transmisión de una memoria energética para ser un condicionamiento social o pre-determinación (como el promulgado en *Un mundo feliz* de Huxley). En nuestras sociedades, dirigidas hacia el pragmatismo y la funcionalidad, parece no haber cabida para el saber y el conocimiento más allá de la especialización. No se transmite esa energía, acumulada por el ser humano a lo largo de tantos miles de años, y que es gran parte de lo que nos identifica, sino que se pretende aislar a cada individuo de su verdadera esencia y transportarlo a otra realidad virtual, donde mantenerlo alimentado artificialmente, mediante falsos vínculos (económicos, políticos, sociales, culturales...).

De ahí la dilución de los núcleos familiares que estamos viviendo. Los padres y madres cada vez trabajan más horas, los niños cada vez pasan más tiempo en el colegio, en actividades extraescolares y delante de pantallas (televisivas, videoconsolas...), los abuelos acaban en residencias para la tercera edad... El núcleo familiar ha sido fundamental a lo largo de la vida del ser humano: la transmisión de información de generación en generación era lo que mantenía vivas a las comunidades y las hacía “progresar”.

Al romperse esos nexos, se pierde el contacto con el pasado, con la realidad, con las raíces... con la naturaleza. Los ancianos son, en las comunidades más arraigadas en la naturaleza, los ejes alrededor de los que giran las demás personas, porque son las fuentes mayores de sabiduría. Al relegarlos a residencias, y tratarlos cual estorbos o potenciales clientes de actividades de ocio, han perdido completamente su función. Parece que nadie tiene tiempo de escuchar las “batallitas del abuelo/a”. El mundo rural (del que España es un buen ejemplo), es un mundo en que existía un sentido de la sociedad del futuro, de dejar una herencia para los hijos y los nietos, del mismo modo que se alimentaba del pasado, de esa sensibilidad mantenida. Siempre ha existido una

cadena de la vida humana, que se remonta a miles de años y nunca se había visto truncada como ahora. Había tragedias, genocidios, invasiones, pero los viejos y los niños siempre solían quedar porque no merecía la pena matarlos, y esa circunstancia aseguraba la transmisión de conocimiento desde los orígenes de la humanidad. Ahora se ha roto. Apenas hay relación entre los niños y los abuelos en las sociedades más “avanzadas”, cada vez se tiende, en líneas generales, a una independencia más temprana del núcleo familiar, arriesgando así la propia inteligencia humana.

Afortunadamente en España, se está viviendo desde hace unos años, un movimiento de neo-rurales, que desencantados del mundo urbano, están volviendo al campo (que por herencia les es desconocido) y están salvando parte de esa sabiduría. Ahora mismo la prioridad es intentar salvar la mayor parte de esa sabiduría acumulada durante tanto tiempo y, estas personas son las únicas que lo están haciendo. Jesús Garzón, presidente de Fondo del Patrimonio Natural Europeo y fundador de la Asociación Concejo de la Mesta, pero, sobre todo, naturalista, está proponiendo un proyecto que se llamaría “los cuentos del abuelo”. Sería un gran concurso a nivel nacional con todos los colegios de pueblos y ciudades pequeñas para que los niños puedan recuperar esos conocimientos, que éstos se puedan publicar o conservar en archivos sonoros o videográficos de modo que esos conocimientos queden reflejados lo más exactamente posible antes de que esos ancianos fallezcan. Cada vez que muere un viejo, el nivel de conocimiento que se pierde es enorme, y costará muchos años recuperarlo. Pronto nos daremos cuenta de lo que hemos perdido, cuando, hartos de depender de las subidas y bajadas de los tipos de interés, del precio del petróleo o de pagar una hipoteca infinita, queramos volver al campo y nos encontremos sumidos en la ignorancia. Habrá que volver a aprender poco a poco, repitiendo errores que a lo mejor hacía miles de años que no se cometían para saber cuál es el mejor terreno para plantar esto o aquello, cómo se fabrica la sidra o se conservan los productos de manera “casera”.

No faltan los ejemplos en el mundo, de comunidades que sobreviven gracias a la transmisión de conocimientos entre generaciones, desde los Bosquimanos, a los indios de la Amazonia, pasando por las tribus Peul y Serer del país Bassari (Senegal), donde las mujeres ancianas son la figura más respetada y admirada por toda la comunidad. Prácticamente nada se hace sin su consentimiento y supervisión, pero no desde un sentimiento de obligación, sino porque saben que son las más sabias en casi todos los aspectos, y que siempre tomarán las mejores decisiones para la comunidad. Las mujeres

son madres desde jóvenes, pero cuentan con el apoyo de toda la familia para sacar adelante a sus hijos, de modo que cada individuo, cada hilo de la trama tiene varias funciones en ésta. A su vez los jóvenes siempre son conscientes de su responsabilidad para con su familia, desde el recién nacido, hasta los abuelos, tíos, primos... en un perfecto equilibrio continuamente autoalimentado.

¿Qué nos ha pasado para caer en esta fractura? ¿Para perder esos nexos? Una vez más volvamos la vista atrás. En mi opinión este cambio a nivel social-cultural es otra de las consecuencias de la pérdida de contacto entre el hombre y la naturaleza y más en concreto, de la formación de los grandes núcleos urbanos. Y ¿cómo, cuando y porqué surgieron los núcleos urbanos? ¿Cómo alcanzaron las dimensiones actuales? Mientras el ser humano era cazador-recolector y nómada no existía la acumulación de bienes ni alimentos, se compartía todo y los grupos humanos, de entre 30 y 40 personas, basaban su existencia en la cooperación, tanto entre individuos de un mismo grupo como con otros grupos. Esto no implica que no hubiera enfrentamientos, pero existen más evidencias para pensar que era más frecuente y útil la colaboración. Hace unos 10.000 años aparecieron las primeras poblaciones sedentarias y parece que empeoró en cierto modo “la calidad de vida” física del ser humano: cada uno disponía de menos espacio, el invertir energía en la construcción y mantenimiento de las estructuras tenía su precio, aparecieron nuevas tareas que alejaron en parte al hombre de la tierra, aunque seguía dependiendo de ella y respetando sus tiempos de regeneración (puesto que de ellos dependía su existencia)... ¿Por qué surgieron entonces estas poblaciones estables? Parece ser que el nacimiento del comercio fue la chispa que desató la llama: el intercambio de productos entre grupos de zonas distintas requería asentarse para poder acumular víveres y herramientas. Es curioso descubrir que la urbanización fue anterior al nacimiento de la ganadería y la agricultura, porque eso implica que no son fenómenos necesariamente ligados. Estos últimos además aparecen a la vez en poblaciones alrededor del mundo, que no tenían contacto entre sí. Aún queda mucho por investigar de estas primeras poblaciones humanas sedentarias para comprender cómo y porqué empezaron a proliferar los núcleos urbanos, pero lo que sí parece estar claro es que, asociadas a ellos, aparecen las primeras zoonosis, los primeros signos de contaminación, controles de natalidad... en definitiva, comenzó el distanciamiento del hombre de la naturaleza. Esto no implica, en mi opinión, que el sedentarismo y la vida en comunidades urbanas sea ya una forma de vida insostenible, porque, como casi siempre, el problema tiene más que ver con la escala del fenómeno que con la aparición

en sí. Los pueblos permiten aún una cercanía suficiente con el medio y una relación física directa que mantiene los vínculos culturales, afectivos y energéticos. A partir de unas dimensiones, de la aparición de un tipo de arquitectura, una estructuración y distribución de las viviendas y los servicios, el sistema se va complicando y haciendo cada vez más y más artificial y complejo, alejándose de la fuente natural de los recursos. Este alejamiento conlleva problemas de salud, contaminación, pérdida de identidad, derroche energético...

España puede ser un buen modelo para observar estas diferencias, pero no es el único. Afortunadamente he tenido la posibilidad de viajar y ver otras formas de convivencia, otros modelos sociales y soluciones de habitabilidad que me han demostrado la existencia de una infinita gama de posibilidades, muchas de ellas sostenibles. Una vez más tomaré el ejemplo de Senegal, por que he visto una diferencia muy clara entre la forma de vida y la problemática de Dakar y las de los poblados del país Bassari o los pueblos de Casamance (región Sur). En las tribus que yo he visitado (hay que tener en cuenta que existen miles de poblados que quizás no hayan recibido nunca una visita de un extranjero, y menos blanco, jamás), predominan la agricultura y la ganadería como medios de subsistencia, las mujeres se ocupan de la primera y los hombres y niños del ganado.

La religión predominante es el Islam, aunque la gran mayoría son animistas, es decir conservan sus propios cultos a los fetiches y a la naturaleza, consultan a curanderos y siguen realizando rituales y fiestas ancestrales. La existencia de la poligamia (propia del Islam), no implica que las mujeres no puedan separarse de los hombres cuando quieran, lo cual aporta un componente matriarcal a la sociedad. Las mujeres son el eje de la familia y cada una de ellas suele tener su propia casa con sus hijos e incluso nietos, no tienen porqué vivir con las demás mujeres de su marido, lo cual les aporta mucha independencia. Un senegalés que se quede en su pueblo natal, nunca pasará hambre: haga lo que haga, aunque no colaborase con la familia, ni se construyera su propio núcleo familiar, nunca le faltaría un sitio alrededor de la fuente de la comida. Todos los miembros de la familia tienden a arroparse mutuamente y no pierden nunca el nexo con la familia, aunque no vivan en su lugar de origen. Entonces, ¿por qué los senegaleses emigran, incluso jugándose la vida? La situación en Dakar y en el norte es muy diferente: hay mendicidad, robos, violencia, más enfermedades, menos recursos (no existe casi sector terciario, salvo en las zonas turísticas y en Dakar) y existe una falsa idea de la sociedad europea. No son pocos los senegaleses que argumentan

que en Europa hay máquinas por la calle que dan dinero (cajeros automáticos). Como siempre, es en los grandes núcleos, donde la situación social es peor, donde las mafias aprovechan para hacer campaña y engañar a los potenciales emigrantes. En cualquier caso, la mayoría de los que deciden emprender el viaje no aspiran a quedarse aquí, sino a ahorrar algún dinero para empezar un negocio en su país, para formarse o para enviar a algún familiar a la Meca, en peregrinación. La calidad de vida es mucho mayor en sus pueblos de origen que aquí, y allí tienen la seguridad de estar arropados siempre por su familia. No quiero con esto idealizar la situación: mi análisis (por mucho que me lo proponga...) no es objetivo y seguramente me faltan infinidad de variables para hacer una valoración completa de la situación, pero creo que mi experiencia ha sido bastante cercana a los senegaleses, ya que ellos, en general, son personas cercanas, abiertas y curiosas, y es fácil pasarse 4 o 5 horas tomando el té y conversando con cualquiera. Por otro lado, del mismo modo que nosotros estamos condicionados por la educación que recibimos, los medios de comunicación, y “las leyes del mercado”, lo están ellos... A distintos niveles, entre “primer mundo” y hasta “cuarto mundo”, incluso dentro de estos mundos, dentro de cada cultura, entre “clases sociales”, a la vez que se abren nuevas brechas, todo parece tender a homogeneizarnos. En esencia somos todos lo mismo, y a la vez, como hemos visto, podemos llegar a ser ¡tan diferentes!

Creo en la sostenibilidad. Creo en el desarrollo. Creo en la sabiduría de la naturaleza, y en la del ser humano. Creo en la recuperación de una posición eco-coherente en este gran ecosistema. Creo en la rectificación, con la vista hacia delante, pero sin olvidar el camino recorrido. Creo en la recolonización sostenible de nichos y en lo que se ha llamado *neo-ruralismo*. Creo en el futuro de mi especie. Creo que la vida en la Tierra no desaparecerá. Creo que estamos en un punto clave de nuestra historia (como ha habido otros) y que no soy la única consciente de los problemas, ni de que existen soluciones. Creo en la fuerza “de lo pequeño” y en las revoluciones “moleculares”. Creo que la locura siempre es transitoria, y la cordura relativa.

Bibliografía

- Sandín M., Rodrigo J. (1998) *Madre tierra. Hermano hombre. Introducción a la Ecología Humana*. Ed. De la Torre.
- Bateson G., Lovelock J., Margulis L., Atlan H., Maturana H., Varela S., Thompson W. I., Henderson H., Todd J. (2006) *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*. Ed. Kairós.
- *Agenda Viva. Ciencia y medio ambiente en Madrid*. Ejemplar nº3, Primavera. Ed. Fundación Félix Rodríguez de la Fuente.

